

miento ejecutado en el camino de Troyes por un joven oficial, le confirmó en esta persuasión, y en su consecuencia puso á la infantería de Ney delante de Arcís, un poco á la izquierda en el Gran-Torcy; y envió al mismo tiempo á buscar en la otra orilla del Aube á su vieja guardia, que debía estar para llegar, así como Lefebvre-Desnoettes, cuya aproximación se anunciaba. Este último le traía unos seis mil hombres. En esta actitud resolvió esperar los acontecimientos, que no podían menos de aclararse dentro de pocas horas; y en efecto, pronto se presentaron con la más espantosa claridad.

Aunque el príncipe de Schwartzberg fuese poco temerario, tenía sin embargo la firmeza de un soldado aguerrido, y después de haber replegado sus principales cuerpos de Nogent hacia Troyes, no podía, teniendo noventa mil hombres, retirarse más ante los treinta ó cuarenta mil que suponía á Napoleón. Por otra parte, estaba cansado de las murmuraciones de los prusianos, de sus baladronadas continuas, y quería probarles que era tan capaz como ellos de arrostrar el encuentro del terrible emperador de los franceses. Resolvió, pues, hacer frente á la derecha y avanzar sobre Arcís, para aceptar la batalla si se la ofrecían, y para impedir en todo caso que los franceses cayeran sobre Troyes y operasen allí nuevas capturas. Bajo este concepto, ordenó á los bávaros que se aproximaran á Arcís por su derecha, llevó los cuerpos de Rajeffsky, de Wurtemberg y de Giulay directamente sobre Arcís, y enlazó estas dos masas con las guardias y las reservas. Á eso de las dos se encontraban enfrente de Arcís. El general Sebastiani, herido por algunas palabras de Napoleón, que se había burlado de sus temores, se había lanzado con algunos escuadrones sobre el camino de Troyes, para ver mejor lo que sin embargo creía haber visto bien la primera vez. Al otro lado de Arcís, en la dirección de Troyes, el terreno muy ondulado puede ocultar en sus revueltas masas considerables de tropa. Muy luego el general Sebastiani, habiendo pasado las primeras ondulaciones del terreno, descubrió la caballería bávara y la caballería austriaca avanzando en masa, y se volvió á escape á decir á Napoleón lo que había visto. Se apresuraron á ordenar que montasen á caballo las divisiones de Colbert y Exelmans para oponerlas al enemigo. El general Kaiserow, á la cabeza de muchos miles de caballos, cargó á la división Colbert que contaba apenas de setecientos á ochocientos, y la arrojó sobre la división Exelmans, que arrastrada á su vez por el choque, se vió precisada á ceder. Todos juntos, perseguidos y perseguidores, llegaron en confusión á Arcís. Ney estaba á la izquierda, en el Gran-Torcy, con la infantería de la joven guardia. Entre el Gran-Torcy y Arcís había cuando más tres ó cuatro batallones, en cuyo número se encontraba uno polaco, mandado por el comandante de batallón Skrzynecki, el mismo que en 1830 defendió tan hábil y noblemente como general en jefe á la Polonia expirante. Este batallón no tuvo tiempo sino para formarse en cuadro á fin de recoger á Napoleón y substraerle al torrente de la caballería enemiga. Los polacos, orgullosos con el precioso depósito confiado á sus bayonetas, se sostuvieron firmes bajo una lluvia de proyectiles y ante los repetidos asaltos de innumerables escuadrones. Pero Napoleón no se aprovechó largo tiempo del asilo

que había encontrado en medio de ellos. Amortiguado el primer choque de aquella caballería, se salió del cuadro, se trasladó hacia Arcís, á riesgo de caer prisionero, se detuvo, reunió á sus jinetes en fuga y los lanzó en persona sobre el enemigo. Electrizados por su presencia, nuestros escuadrones cargaron con el mayor vigor y consiguieron contener, aunque sin poder rechazarlas, á las masas demasiado superiores de jinetes bávaros y austriacos. Durante este tiempo, Ney, establecido en el Gran-Torcy, se preparaba á resistir á todos los esfuerzos del ejército de Bohemia. Lo esencial era sostenerse hasta que la vieja guardia, cuyas cabezas de columna se distinguían en la orilla opuesta del Aube, hubiese pasado este río y ocupado Arcís. Cuando los seis mil soldados aguerridos que componían esa tropa escogida se hallaran delante de Arcís en comunicación con los diez mil jóvenes soldados de Ney, que defendían el Gran-Torcy, se podía estar sin cuidado ninguno; pero era preciso que llegaran.

Entretanto Ney sostenía en Torcy los asaltos más furiosos. El cuerpo del mariscal de Wrede había entrado en línea y con su derecha, compuesta de austriacos, atacaba al Gran-Torcy en tanto que con su izquierda, compuesta de bávaros, trataba de separar esa aldea del pueblo de Arcís. Todas las reservas rusas, prusianas y austriacas, que formaban los guardias, los granaderos y los coraceros, marchaban en apoyo del ataque. Teníamos, pues, frente á frente más de cuarenta mil hombres de infantería sin contar las innumerables masas de caballería.

Ney defendió el Gran-Torcy con su energía acostumbrada. Establecido en las casas y detrás de las calles de la aldea, protegido con barricadas, contuvo con un fuego espantoso á las masas de infantería austriaca. Vencido un momento por la fuerza numérica, fué arrojado fuera del Gran-Torcy, pero poniéndose á la cabeza de algunos batallones y dando una carga desesperada á la bayoneta, consiguió después mantenerse en el pueblo. En el mismo instante, Napoleón, que corría sin cesar de Arcís á Torcy para alentar á las tropas con su presencia, estuvo á punto de ver el fin de su prodigioso destino. Una bomba cae entre las filas de un joven batallón poco acostumbrado todavía á semejante espectáculo, y los hombres que estaban más cerca del proyectil humeante retroceden un paso. Napoleón lanzó su caballo sobre la bomba para enseñarles á despreciar el peligro. La bomba estalla, le cubre de humo y de fuego y sale sano y salvo de la nube inflamada. Únicamente su caballo queda herido, y al punto se arroja sobre otro en medio de los gritos de entusiasmo de sus jóvenes soldados.

Gracias á estos actos de una temeridad heroica conservamos nuestras posiciones. Por fin la vieja guardia atraviesa el puente de Arcís, guiada por el intrépido Friant. Napoleón la forma delante de Arcís y envía dos de sus viejos batallones en apoyo de Ney. El socorro llega á tiempo, pues en aquel momento la guardia rusa entraba en línea y acudía á reforzar al mariscal de Wrede. Un postrer ataque, más violento aún que los anteriores, se dirige contra el Gran-Torcy. Ney resiste impertérrito y le rechaza victoriosamente.

En tanto que llegaba con tanta oportunidad este refuerzo de vieja infantería, Lefebvre Desnoettes, que ha-

bía salido de París para reunirse al ejército, desemboca por el puente de Arcís á la cabeza de dos mil caballos con los cuales se había adelantado á su infantería. El general Sebastiani, que disponía entonces de cuatro mil caballos, se despliega en la llanura de Arcís, la cual se eleva ligeramente, hacia el enemigo, con ánimo de tomar un desquite. Sus escuadrones bien dirigidos destrozan á los de Kaiserow, los rechazan sobre los de Frimont y se vengan de la escaramuza de aquella mañana. Pero en breve asoman la caballería bávara y la gruesa caballería rusa, y la prudencia aconseja retirarse sobre Arcís. Así se llega hasta el fin de la tarde, Ney sosteniéndose en el Gran-Torcy, la vieja guardia en Arcís y la caballería en medio, y se libran de un desastre que con menos energía seguramente habríamos sufrido. Con efecto, habíamos combatido primero con catorce mil hombres contra cuarenta mil; luego con veinte mil contra sesenta mil, y en fin con unos veintitrés mil contra noventa mil, pues habían desembocado de Nozay sobre nuestra derecha los cuerpos de Giulay, de Wurtemberg y Rajeffski, y comenzaban á tomar parte en el combate cuando vino la noche á separar á los dos ejércitos.

A lo lejos sobre nuestra derecha había sobrevenido un episodio que habría podido tener las más funestas consecuencias sin el arrojo de la caballería de la guardia. Recordaremos que los cazadores y los granaderos á caballo habían quedado más allá del puente de Mery sobre la izquierda del Sena con las capturas que habían hecho la víspera, y sobre todo con el servicio de puente que habían cogido. Habiendo salido por la mañana de Mery con esta presa, habían tratado de reunirse con el ejército, marchando directamente de Mery hacia Arcís por Premier-Fait.

Naturalmente habían caído en medio de toda la caballería de los cuerpos de Rajeffsky, de Giulay y de Wurtemberg, reunidos bajo el mando del príncipe de Wurtemberg. Atacados por una fuerza cinco ó seis veces más considerable que ellos, no pudieron salvarse sino desplegando un valor indecible y batiéndose durante muchas horas con el sable en la mano.

Reunidos en fin con los escuadrones del depósito de Versailles que habían caminado por Mery, se habían replegado sobre este pueblo sin haber perdido más que unos cien hombres y sobre todo sin haber soltado su servicio de puente. A la otra mañana llegaron á Plancy, pasaron el Aube y fueron á juntarse con el ejército por la orilla derecha de este río, con los cuerpos de Oudinot, de Macdonald y de Gerard, que estaban en marcha de Provins á Arcís.

Tal fué la batalla de Arcís del Aube, la última que Napoleón dió en persona en aquella campaña, y en la cual el ejército y él hicieron prodigios de energía. Napoleón se consideraba victorioso y lo creía sinceramente, pues era un milagro que veinte mil hombres hubiesen resistido á una masa que sucesivamente se había elevado de cuarenta mil á noventa mil. Estaba orgulloso de sí mismo y de sus soldados, y en esta posibilidad de combatir con fuerzas tan desiguales veía garantías de triunfo para lo sucesivo. Su confianza creció hasta el punto de que en la mañana siguiente quiso habérselas con todo el ejército de Schwartzberg. Sin embargo, sólo el cuerpo de Oudinot podía reunirsele

durante el día, y añadiendo las fuerzas que hubiera traído Lefebvre-Desnoettes, había podido tener cuando más unos treinta y dos mil hombres. No era, pues, prudente arrostrar el choque de noventa mil combatientes, sobre todo teniendo á la espalda un río. Por esto acabó por ceder á los consejos de la razón y de sus mariscales que insistían en que pusiera el Aube entre ellos y las fuerzas enemigas. Después de haber tenido á sus tropas desplegadas delante de Arcís, mientras preparaban un segundo puente, mandó que se replegaran de súbito por entre las calles de ese pueblo; atravesó los dos puentes y dejó al príncipe de Schwartzberg muy sorprendido y descontento al ver que se le escapaba una presa que ya creía segura. Rompieron los puentes del Aube y el mariscal Oudinot guarneció la orilla derecha con su cuerpo apoyado por una numerosa artillería. El enemigo no pudiéndose resolver á permitir que el ejército francés se escapara sano y salvo, quiso intentar el paso del río y permaneció expuesto á un fuego mortífero durante esta tentativa. Perdió en aquel día 21 más de mil hombres sin ningún resultado, pues en todos los sitios en que se presentó, las tropas de Oudinot bien apostadas le recibieron con un fuego nutrido de fusilería y de metralla. No hay exageración en decir que aquellos dos días costaron al ejército de Bohemia de ocho á nueve mil hombres, en tanto que nosotros no perdimos más que tres mil, gracias á nuestro escaso número y á la ventaja de batirnos á cubierto en posiciones defensivas.

En medio de estas perpetuas aventuras de guerra, Napoleón, hallando el ejército siempre heroico y adicto, aunque descontento con frecuencia, creyendo más que nunca en los recursos de su arte, estaba muy lejos de desesperar de su causa, y sin embargo, no se hacía ilusión completamente acerca de su posición política. Aunque no quisiera confesarse hasta qué punto se había enajenado las voluntades de la nación con sus guerras continuas y con su arbitrario gobierno, sin embargo se guardaba muy bien de cegarse sobre el estado moral de la Francia. Conversando familiarmente en lo más reñido de la batalla de Arcís con el general Sebastiani, corso como él y dotado de mucho juicio político, le preguntaba: «¿Qué decís, general, de lo que estáis viendo? — Digo, respondió el general, que sin duda V. M. tiene otros recursos que no conocemos nosotros. — Tengo lo que veis aquí y nada más, repuso Napoleón. — En ese caso, ¿cómo no piensa V. M. en levantar á la nación? — Quimeras, repuso Napoleón, quimeras hijas de los recuerdos de España y de la revolución francesa. ¡Levantar á la nación en un país en que la revolución ha destruido á los nobles y al clero y en donde yo he destruido á la revolución!...»

El general se quedó estupefacto, admirando aquella sangre fría y aquella profundidad de espíritu, y preguntándose cómo tanto genio no servía para impedir tantas faltas.

Sin embargo, había llegado el momento de tomar una resolución definitiva. Entre Arcís y Chalóns, el Aube y el Marne no distan uno de otro más de once á doce leguas. Blücher, contra quien había destacado á Marmont y Mortier para contenerle, no podía quedar detenido por los dos mariscales. Los ejércitos de Bohemia y de Silesia no debían tardar en reunirse y en

tonces podían ser ahogados entre sus brazos. Napoleón, no pudiendo batirlos separadamente con las fuerzas que tenía, á menos que se presentaran circunstancias extraordinarias que ya no le deparaba la fortuna, menos podía pensar en batirlos reunidos. Proseguir su idea de acercarse á las plazas para proporcionarse un refuerzo de cincuenta mil hombres y para atraer al enemigo lejos de París, era definitivamente el único recurso que le quedaba, recurso que si era aventurado con él, habría sido mortal con otro cualquiera.

En consecuencia de esto, resolvió partir el 21 de marzo para Vitry del Marne. Pasando por Sommepeuis no necesitaba más de dos días para atravesar la distancia de Arcis á Vitry. Desde Vitry le era fácil llegar á Bar-le-Duc, y sin que diera un paso más, tenían la posibilidad de reunirse las guarniciones de Metz, de Maguncia, de Luxemburgo, de Thionville, de Verdún y de Estrasburgo que componían más de treinta mil hombres. Si Napoleón llegaba hasta Metz, lo que exigía sólo tres días de marcha, podía, corriéndose en torno de esta plaza, levantar la Lorena, la Alsacia y el Franco Condado, y recibir de los Países Bajos quince mil hombres más. De este modo, pues, debía encontrarse en Metz á la cabeza de ciento veinte mil combatientes, en medio de provincias sublevadas contra el enemigo, y si el mariscal Suchet, enviado para reemplazar á Augereau, recogiendo todo lo que hallara en el camino, subía hacia Besanzón con cuarenta mil hombres, seguramente se cambiarían los destinos.

Napoleón comunicó á París sus últimas disposiciones, prescribió que le mandaran en punto á material de artillería batallones de la joven guardia y batallones sacados de los depósitos, todo lo que no fuera indispensable para la defensa de la capital, y recomendó de nuevo que no se conturbaran si se acercaba el enemigo, lo que según él no podía ser más que una aparición de dos ó tres días, pues los aliados le seguirían en cuanto supieran que se hallaba sobre su línea de comunicaciones. Repitió á los mariscales Marmont y Mortier la orden de reunirse en el Marne por Chalóns, y en seguida se puso en camino para Vitry. Anteriormente no había abandonado nunca el Sena sin dejar cuerpos respetables de Nogent á Montereau. Ahora ya no podía hacerlo, puesto que se veía obligado á ejecutar en masa la diversión proyectada sobre la retaguardia del enemigo, y que únicamente con esta operación contaba ya para salvar á París. Veinte mil hombres dejados entre Nogent y París no habrían contenido al príncipe de Schwartzberg y le habrían hecho falta á Napoleón para las operaciones que meditaba. Sin embargo, creyendo que era útil guardar los puentes del Sena y que era posible contener en ellos al enemigo durante algunas horas, lo que en ciertos casos no era indiferente, dejó al general Souham con una mezcla de guardias nacionales y de batallones organizados á toda prisa, para disputar Nogent, Bray y Montereau. El general Alix, que con fuerzas compuestas de igual modo había defendido tan bien á Sens, y que estaba allí todavía, fué puesto á las órdenes del general Souham.

La travesía de Arcis á Sommepeuis se hizo sin dificultad. Apenas encontraron algunas partidas de cosacos que daban vueltas entre el Aube y el Marne y saqueaban el país arruinado y todo como estaba. Los cuerpos de

Oudinot, de Macdonald y de Gerard, que habían marchado de Provins á Arcis por la orilla del Aube, defendieron sucesivamente el río en el puente de Arcis y desfilaron á la vista del enemigo sin experimentar pérdida alguna.

Napoleón pernoctó el 21 en Sommepeuis con una parte del ejército y á la otra mañana se dirigió con una vanguardia á Vitry. Esta población había sido puesta en estado de defensa por el ejército de Silesia y la ocupaban cinco ó seis mil prusianos y rusos protegidos por obras de campaña. Napoleón, no queriendo arriesgar un combate encarnizado por un puesto que no tenía importancia, mandó buscar un vado entre Vitry y Saint-Dizier, y habiéndole hallado en Frignicourt pasó por él con su caballería y las divisiones de joven guardia del mariscal Ney. Después dejó un destacamento para guardar el vado, pernoctó en el castillo de Plessis cerca de Orconte, y lanzó sobre Saint-Dizier á la caballería ligera del general Piré, que logró entrar en la población, haciendo prisioneros dos batallones prusianos.

Al otro día, 23, Napoleón juzgó conveniente detenerse en Saint Dizier, para esperar la cola de sus columnas, pues Oudinot, Macdonald y Gerard estaban rezagados, y quería también que se le reunieran Marmont y Mortier que tenían orden para llegar á Chalóns. Había que esperar igualmente á las divisiones de guardias nacionales del general Pacthod, que habían servido bien con Oudinot y Macdonald, y que habían dejado en Sezanne para escoltar un último convoy de tropas y de material. No obstante, abrigando algunas dudas respecto á la posibilidad de recoger este último refuerzo, Napoleón ordenó al ministro de la Guerra que vigilara por su seguridad, y que aun le llamara á París si juzgaba que no le sería posible abrirse paso hasta Vitry por en medio de las masas enemigas.

Napoleón sin perder un instante lanzó su caballería ligera sobre Bar-le-Duc, á fin de que se apoderase del puente de Saint Mihiel sobre el Meuse y del de Pont-á-Moussón sobre el Moselle, y expidió de nuevo á todas las guarniciones la orden de que se reunieran á él. Entretanto se disponía á ahorrarlas la mitad del camino, marchando uno ó dos días más á su encuentro, y de este modo iba á ver que sus fuerzas se aumentaban de hora en hora. Sin los mariscales Mortier y Marmont, sin el convoy de Sezanne, del que sólo había recibido una parte, y descontando las pérdidas de Arcis, así como las tropas que habían quedado guardando los puentes del Sena, tenía unos cincuenta y cinco mil hombres; debía tener setenta mil con aquellos dos mariscales, ochenta mil con el depósito de Sezanne y podía llegar sucesivamente á más de cien mil, si las guarniciones lograban reunirse. Por esto, aunque no desconocía la gravedad de la situación, seguía muy confiado en el éxito de sus hábiles maniobras, y el 23 de marzo, escribiendo al ministro de la Guerra una carta que respiraba una sangre fría imperturbable, le exponía su marcha, sus motivos para no intentar el ataque de Vitry; el proyecto de aproximarse á Metz y de sacar de esta plaza y de las otras un refuerzo considerable; la certeza de dejar confundido al enemigo interceptando sus comunicaciones; el desaliento de la mayor parte de los aliados, que nunca habían alcanzado ventajas positivas sobre las tropas francesas, y que última-

mente habían sufrido pérdidas tan enormes en Arcis del Aube, y casi sentían ya haberse adelantado tanto; por consiguiente la esperanza de provocar en breve sucesos nuevos é importantes; la utilidad de vigilar sobre la concentración de Sezanne y aun de aumentarla, si las circunstancias lo permitían; la posibilidad de recurrir á la quinta de 1815, pues en la Champaña y en la Lorena los aldeanos se alzaban en masa, y la urgencia de aprovechar prontamente este recurso; la importancia para los mariscales Marmont y Mortier, que se habían replegado sobre Chateau-Thierry, de marchar adelante para reunirse con el ejército; y por fin, la confianza, á pesar de las angustias de la situación, de salvar muy luego á la Francia y de salvarse á sí mismo de aquella crisis tan formidable. Nadie habría podido sospechar, al leer esta carta, que debía ser la última dirigida al ministro de la Guerra, y que Napoleón se acercaba á la más grande de las catástrofes.

En aquel momento llegó al cuartel general del emperador Mr. de Caulaincourt, que venía del congreso de Chatillón. Como hemos dicho ya, este noble servidor del príncipe y del país había entregado su contraproyecto á fin de satisfacer las reiteradas instancias de los plenipotenciarios aliados, y había tratado de hacer soportable su lectura á sus oyentes, aunque sin alejarse en lo posible de las instrucciones de Napoleón. Los plenipotenciarios de las potencias, después de haber escuchado el texto del contraproyecto francés con un silencio glacial, y después de haber tomado las órdenes de sus soberanos, habían leído el 18 de marzo una nota solemne en la que declaraban que, habiendo reproducido la Francia exactamente todas las condiciones reconocidas ya como inaceptables por la Europa, las conferencias quedaban rotas definitivamente y que la guerra se continuaría sin cesar hasta que la Francia admitiera pura y simplemente los preliminares del 17 de febrero.

A esta declaración Mr. de Metternich había unido una carta particular para Mr. de Caulaincourt, en la que le replicaba de nuevo que lo pensara mucho antes de abandonar el lugar del congreso, pues la Francia de Luis XIV, decía, aumentada con las conquistas de Luis XV, tenía por cierto algún valor y merecía que no le jugaran por más tiempo á aquel juego de las batallas tan peligroso como inseguro. Por tentado que hubiera podido hallarse el plenipotenciario francés de seguir este consejo, no se había atrevido á traspasar sus instrucciones hasta el punto que habría sido necesario para detener en Chatillón á los miembros del congreso. Así fué que hubo de separarse de los plenipotenciarios el 19, y el 20 todas las legaciones partieron de Chatillón para los cuarteles generales de los ejércitos beligerantes.

Muchas dificultades tuvo que vencer Mr. de Caulaincourt para llegar hasta Napoleón, á quien halló en Saint-Dizier. El regreso de la legación francesa produjo en el ejército una impresión penosa, pues quitaba toda esperanza en las negociaciones y, si dejaba alguna, era en un duelo á muerte con la coalición. Ahora bien, si las jornadas de Montmirail, Champaubert y Montereau habían elevado los corazones al nivel de Napoleón, las de Craonne, Laón y Arcis del Aube los habían hecho bajar con presteza de esa altura, y la arriesgada maniobra que se quería probar lejos de París, maniobra cuyo mérito pocas personas eran capaces de apreciar, sorpren-

día y alarmaba á los espíritus ya bien quebrantados. El noble y severo semblante de Mr. de Caulaincourt, más triste aún que de costumbre, no era propio para sembrar la alegría en los rostros sombríos del cuartel general. Napoleón recibió á su ministro amistosamente como hombre que no está de mal humor, porque no estaba conturbado. Sin embargo, esta venida le había causado cierta impresión, pero fué pasajera y pudo dominarla prontamente. Estaba en la mesa cenando con Berthier, cuando llegó Mr. de Caulaincourt. «Habéis hecho bien en volver, le dijo, pues no os ocultaré que si hubierais aceptado el ultimátum de los aliados, yo habría desaprobado vuestra conducta; mejor es para los dos que se haya evitado ese escándalo. En el fondo esos hombres no van de buena fe; si hubierais cedido, en breve os hubieran pedido más. Por todas partes difunden que vienen contra mí, no contra la Francia. ¡Mentira! Claman contra mí, porque saben que yo, sólo yo puedo salvar á la Francia (lo que era verdad entonces, pues el que la había perdido era el único que podía salvarla); pero en el fondo vienen contra la Francia y contra su grandeza. La Inglaterra codicia la Bélgica para la casa de Orange; la Prusia ambiciona el Meuse para sí; el Austria desearía quitarnos la Alsacia y la Lorena para traficar con la Baviera y los príncipes alemanes; en suma, quieren destruirnos ó reducirnos hasta que vengamos á parar en nada. Pues bien, mi querido Caulaincourt, más vale morir que vernos reducidos de esta manera. Somos ya soldados bastante viejos para no temer la muerte. No se dirá esta vez que combato por mi ambición, pues fácil me sería salvar el trono; pero no quiero el trono con la Francia humillada. Ved esos aldeanos valerosos cómo se levantan ya y matan cosacos por todas partes. Sigamos el ejemplo que nos dan. ¿Podríais creer que esos miserables del consejo de regencia querían aceptar el infame tratado que os han propuesto? ¡Ah! yo les he mandado callar y que se estén quietos. Estos pobres aldeanos valen mucho más que esos hombres de París. Bonitas cosas vais á ver, mi querido Caulaincourt. Voy á marchar hacia las plazas y voy á recoger treinta ó cuarenta mil hombres de aquí á pocos días. El enemigo me sigue sin duda alguna; no de otro modo se puede explicar la masa de caballería que nos rodea. La súbita aparición que hice sobre su retaguardia atrajo á Schwartzberg, y al saber que amenazo sus comunicaciones no se atreverá á encaminarse hacia París. Muy luego tendré cien mil hombres disponibles, y caeré sobre el que esté más cerca, Blücher ó Schwartzberg, cualquiera de ellos, le destrozaré y acabarán con él los aldeanos de la Borgoña. La coalición está tan cerca de su pérdida como yo de la mía, mi querido Caulaincourt, y si triunfo haremos añicos esos abominables tratados. Si me engaño, ¡entonces moriremos! haremos lo que hacen todos los días tantos de nuestros antiguos compañeros de armas, pero moriremos después de haber salvado nuestro honor.»

Mr. de Caulaincourt, que más que nadie era capaz de comprender este lenguaje heroico, se acordaba demasiado de las faltas cometidas, de las negativas inoportunas y que el honor no imponía, para no estar descontento y para no demostrar con su frialdad su desaprobación. Berthier, que había oído estas palabras, estaba consternado. Le extrañaba como á Napoleón el

tumulto que se observaba en torno del ejército, y pensaba como él que no debía ser causado por un simple destacamento; pero por otra parte, se preguntaba cómo doscientos mil coligados, casi victoriosos, podían dejarse desviar de París, esa gran presa que tenían á la mano, para seguir á un puñado de hombres que se habían aventurado sobre su retaguardia. Sobre esto dudaba, y en tan graves circunstancias la duda era una angustia dolorosa, pues si el enemigo no seguía, dentro de algunos días podía estar en París. Este sentimiento era general, y aunque contenido delante de Napoleón, se manifestaba detrás de él de mala manera. En cuanto á Napoleón, sin excluir la duda, seguía repitiendo á monsieur de Caulaincourt: «Habéis hecho bien en volver; hubiera desaprobado vuestra conducta. ¡Habéis llegado á tiempo para ver grandes cosas!»

Toda esa energía admirable como don de Dios, pero deplorable cuando se piensa que tan mal empleada como había sido nos había puesto á la orilla de un abismo, no se comunicaba á nadie y cada cual esperaba de un momento á otro un desenlace horrible. Con efecto, este desenlace se acercaba, y la hora fatal había llegado. Las combinaciones militares de Napoleón eran seguramente muy profundas, pero si su situación militar podía restablecerse á fuerza de genio, no había genio que pudiera restablecer su situación política. París, aterrizado y hastiado hasta lo sumo de semejante régimen, glorioso, pero sangriento, ordenado, pero despótico; París podía, al primer contacto de un enemigo que se presentaba como libertador, substraerse al dominio de Napoleón y convertirse en el teatro de la revolución. Ahora bien; bastaba que los aliados sospechasen esta triste verdad para que, descuidando las consideraciones de prudencia, pensasen en intentar sobre París no una operación militar, sino una operación política, y entonces los planes de Napoleón quedaban burlados y hundido su trono, que su poderosa mano en el espacio de un mes había levantado dos ó tres veces. Vamos á ver cómo los aliados estaban próximos á adivinar esta terrible verdad, que era causa de toda nuestra flaqueza ante los invasores de nuestra patria.

El príncipe de Schwartzberg no había comprendido el movimiento del ejército francés sobre Arcís, y preciso es confesar que, á menos de estar en el secreto, habría sido difícil comprenderlo. Su primera suposición, y la más natural, era que Napoleón quería darle una batalla, y este príncipe se había decidido á aceptarla en Arcís del Aube como Blücher en Craonne y Laón. Pensando en una lucha sangrienta de algunos días, estaba muy lejos de creerse libre de ella el 21 por la noche. El 22, al ver que Napoleón se alejaba, había tratado de adivinar cuáles podían ser sus proyectos, y pasando el Aube detrás de él, había ido á tomar posición entre Ramerupt y Dampierre, detrás de un arroyo que llaman el Puits, con la izquierda en el Aube, el frente cubierto por el Puits y la derecha en la dirección de Vitry. Aquí esperaba los nuevos ataques de su adversario, temiendo siempre por su parte alguna maniobra extraordinaria.

Pero Napoleón, como acabamos de ver, no pensaba en atacarle y le preparaba efectivamente una maniobra bien extraordinaria, marchando del Aube al Marne, en la dirección de Metz. Al día siguiente 23, en tanto que

Napoleón se detenía en Saint-Dizier para que los cuerpos que formaban su retaguardia tuviesen tiempo de reunirse por el vado de Frignicourt, la caballería ligera del príncipe de Schwartzberg, que seguía la pista á estos cuerpos, había observado la marcha del ejército francés, y había reconocido claramente que se dirigía hacia Vitry. Así, pues, la intención de Napoleón se hacía evidente: quería maniobrar sobre las comunicaciones de los aliados. ¿Qué hacer en presencia de una situación tan nueva? ¿Era preciso seguir á Napoleón hacia la Lorena, ó bien tender la mano á Blücher que no podía estar lejos, y unido á este último, marchar sobre París á la cabeza de doscientos mil hombres? La cuestión era grave, una de las más graves que hayan tenido jamás que resolver los jefes de imperio y los jefes de ejército.

Conduciéndose militarmente, en el sentido más riguroso de la palabra, era preciso no entregar sus comunicaciones, sino que por el contrario había que vigilarlas con tanto más cuidado cuanto más audaz y más temible era el enemigo con quien tenían que habérselas. Puesto que en este momento él les amenazaba, debían seguirle en compañía de Blücher, y acabar con él antes de ir á París á recoger el premio de la guerra. Sin duda había ventajas en marchar á París, especialmente la de abreviar la lucha; no obstante, si se veían detenidos delante de esta capital por una resistencia no solamente militar, sino popular, y acontecía que tenían que estar detenidos algunos días bajo sus muros, quizá mientras estuvieran ocupados en batirse contra las barricadas de la entrada de los arrabales, podían ser atacados á retaguardia por Napoleón de vuelta con un ejército de cien mil hombres y encontrarse así en la más peligrosa de las situaciones.

Estas razones eran de mucho peso, y hasta habrían sido decisivas, si la situación no hubiera sido tan extraordinaria, y si hubiesen estado expuestos á encontrar delante de París la resistencia que hacían temer la importancia de esta capital y el patriotismo y valor de su pueblo. Pero la situación era tal que no había nada más dudoso que esta resistencia. Aunque no hubiesen recibido más que una comunicación del interior, la que Mr. de Vitrolles les había llevado, y aunque hasta entonces ninguna manifestación hubiese demostrado la verdad de esta comunicación, pues al contrario los aldeanos de las provincias invadidas empezaban á tomar las armas, habían podido reconocer en más de una ocasión que si Mr. de Vitrolles exageraba las cosas al decir que la Francia deseaba ardientemente el restablecimiento de los Borbones, sin embargo tenía razón cuando sostenía que no quería más guerra, ni quintas, ni prefectos imperiales, y que así que la proporcionaran la ocasión para demostrar sus verdaderos sentimientos, se pronunciaría contra un gobierno que, después de haber llevado la guerra hasta Moscou, la había traído hasta las puertas de París. Otro personaje había allí más escuchado que Mr. de Vitrolles y era el conde Pozzo-di-Borgo, acabado de llegar de Londres. El conde Pozzo, que había adquirido sobre los aliados una influencia proporcionada á su talento, no cesaba de repetirles que era preciso marchar hacia París. «El fin de la guerra, decía, está en París. Mientras penséis en dar batallas, corréis peligro de ser batidos, porque Napoleón las dará

siempre mejores que vosotros, y su ejército aunque descontento, sostenido por el sentimiento del honor, perecerá á su lado hasta el último hombre. Por decaído que pueda estar su poder militar, es grande, muy grande todavía, y ayudado por su genio, es más grande que el vuestro. Pero su poder político está destruido. Los tiempos han cambiado. El despotismo militar, acogido como una dicha al día siguiente de la revolución, pero condenado después por su resultado, está perdido. Si provocáis una manifestación, ésta será pronta, general, irresistible, y separado Napoleón, los Borbones que ha olvidado el país y en cuyas luces no tiene confianza, los Borbones se harán posibles de repente y de posibles pasarán á ser necesarios. Política y no militarmente es como debe buscarse el fin de la guerra, y para esto, así que se haga entre los ejércitos beligerante una proposición cualquiera á través de la cual podáis pasar, apresuraos á aprovecharla, id á tocar á París con el dedo, con el dedo no más, y el coloso estará vencido. Habéis roto su espada que no podéis arrancarle.» Tal es la substancia de los discursos que el conde Pozzo dirigía sin cesar al emperador Alejandro, siendo de advertir que trabajaba sobre un alma fácil de persuadir. Además del notable talento de Alejandro el conde Pozzo tenía para secundarle todas las pasiones de este príncipe. Vengarse, no del incendio de Moscou, del cual no se acordaba, sino de las humillaciones que le había impuesto Napoleón; entrar en París, en la capital de la civilización, para destronar á un déspota, tender á los franceses una mano generosa, y ser aplaudido por esto, era para él un sueño embriagador. Este sueño le ocupaba tanto que por realizarlo era capaz de una audacia que no estaba ni en su corazón ni en su espíritu.

Por lo demás, la opinión que profesaba el conde Pozzo-di-Borgo había invadido poco á poco todas las cabezas. Nacida entre los prusianos, donde había sido engendrada por el odio, había concluido por penetrar entre los rusos y aun entre los austriacos. Entre los últimos se comprendía muy bien que herir á Napoleón políticamente era el medio más pronto y seguro de destruirle. El emperador Francisco y Mr. de Metternich, aunque sintiendo en él no á un yerno sino á un jefe más capaz que ningún otro de gobernar á la Francia, habían reconocido después de la ruptura del congreso de Chatillon que era preciso, en fin, tomar un partido decisivo aunque fuese contra su persona. Durante mucho tiempo les había repugnado llevar las cosas al último extremo; pero atravesado el Rhin, habiendo admitido el principio de los límites de 1790, lo que dejaba vacantes los Países Bajos, que debían pagarles con la Italia, y conociendo demasiado bien á Napoleón para creer que se sometería jamás á semejante reducción de territorio, llegaron por codicia á las mismas conclusiones que los prusianos por odio y los rusos por vanidad. Ir á París á buscar la solución política que al mismo tiempo traería la solución militar, les parecía ya necesario. El príncipe de Schwartzberg, hombre de juicio tímido pero seguro, concluyó por pensar sobre esto como Mr. de Metternich y el emperador Francisco, pues en aquel momento el Austria presentaba el singular fenómeno de un emperador, un primer ministro y un generalísimo idénticos en sus sentimientos, y no formando más que un solo hombre, tan extraño al amor como al odio, y guiado únicamente por

cálculos profundos. En esta disposición, el príncipe de Schwartzberg, viendo el camino de París abierto, se inclinaba por primera vez á tomarle, de manera que la resolución de marchar sobre la capital de la Francia estaba adoptada casi por unanimidad, aunque varios oficiales inteligentes opusiesen aún á esta empresa temeraria la autoridad de las reglas, que enseñan que no se debe ni abandonar el cuidado de las comunicaciones propias ni exponerse á perder el objeto anhelado por falta de paciencia para alcanzarle á su debido tiempo. Sin embargo, un acontecimiento ocurrido aquel día vino á favorecer los planes de los más temerarios. La caballería de Wintzingerode, que formaba la vanguardia de Blücher, acababa de encontrarse cerca del Marne con la del conde Pahlen, perteneciente al príncipe de Schwartzberg. Se habían felicitado y regocijado por esta reunión que á la verdad habría debido operarse más pronto, pues habiéndose dado la batalla de Laón el 9 y 10 de marzo, era extraño que Blücher no hubiese seguido á Napoleón ó á los mariscales encargados de reemplazarle en el Aisne, y que el 23 estuviese aún en la incertidumbre entre el Aisne y el Marne. Pero Blücher había obrado como los generales que tienen más resolución de carácter que de espíritu. Había tratado de tomar á Reims y después á Soissons, luego había esperado largo tiempo á algunos miles de hombres del cuerpo de Bulow que se habían quedado rezagados, y por fin se había decidido á rechazar delante de sí á los mariscales Mortier y Marmont, y había llegado al Marne por Chalons con cien mil hombres, de cuyo modo tenían doscientos mil hombres para marchar á París. Semejante fuerza desvanecía muchas objeciones deducidas de las reglas de la guerra comprendidas con ánimo apocado.

En tal estado de cosas, hallándose en el castillo de Dampierre para pernoctar allí el príncipe de Schwartzberg y el emperador Alejandro, llegaron de improviso con unos despachos tomados á un correo de París, que había detenido la caballería ligera de los aliados. En el castillo de Dampierre se encontraban también el príncipe de Wolkonski, que ejercía cerca de Alejandro las funciones de comandante de su estado mayor, y el conde de Nesselrode, que era el jefe de su cancillería. Llamaron á este último, que habiendo estado largo tiempo en París podía comprender mejor que nadie el verdadero sentido de los despachos interceptados, y le encargaron que los descifrase. En efecto, eran de mucha importancia. Consistían en cartas de la emperatriz y del duque de Rovigo al emperador, que expresaban la más viva inquietud sobre el estado interior de París. Las de la emperatriz, que rebotaban una especie de terror, no tenían una significación extraordinaria, pues podían no ser otra cosa que un efecto de la debilidad de una mujer. Pero las del duque de Rovigo tenían valor muy diferente, pues ministro de la Policía y hombre de guerra muy acostumbrado á las posiciones apuradas, no podía ser tachado de timidez, y declaraba que París tenía en su seno cómplices del extranjero muy influyentes, y que era probable que á la aparición de un ejército aliado, éstos seguirían el ejemplo de los bordeleses.

En aquellos momentos esta revelación era de una inmensa gravedad; acababa de aclarar la situación política, y ponía punto á todas las incertidumbres que se